

CAPÍTULO CINCO

Planes y programas de participación

HABLAR DE PROGRAMAS CUYO OBJETIVO sea la promoción de la participación de niños y jóvenes implicaría tal vez desarrollar un escrito más extenso, dado que el tema es amplio y con una gran cantidad de detalles respecto a los diferentes momentos del proceso, desde la planeación hasta la evaluación. Sin embargo, creemos importante mencionar algunas cuestiones que nos parecieron significativas tanto en la discusión de los promotores, como en la revisión teórica.

Metodología o lineamientos generales

De los temas abordados en los capítulos anteriores se desprenden una serie de lineamientos generales que tendrían que influir en la metodología de trabajo de todo el que quiera promover la participación de los niños. Aún cuando cada programa tendría que desarrollar una metodología propia de acuerdo a sus objetivos, nos parece importante destacar las siguientes líneas:

- a) Considerar la participación como un proceso
- b) Partir de las necesidades
- c) Trabajar con un enfoque integral
- d) Respetar los diferentes ritmos y formas de participar
- e) Integrar las capacidades creativas y lúdicas de la niñez y la juventud
- f) Tomar conciencia de los problemas, riesgos y tentaciones

Considerar la participación como un proceso

Aufheben era el verbo que Hegel prefería, entre todos los verbos de la lengua alemana. Aufheben significa, a la vez, conservar y anular; así rinde homenaje a la historia humana, que muriendo nace y rompiendo crea.

EDUARDO GALEANO

Tanto en México como en otros países, los primeros intentos para involucrar a los niños en procesos participativos se dieron a través de la organización de foros infantiles en los que los niños leían discursos, en muchas ocasiones redactados por adultos. Si bien aquéllos han evolucionado a otras

formas más creativas y en las que se procura escuchar las expresiones reales de los niños, existe aún una tendencia a desarrollar programas en los que se da prioridad a actividades aisladas, como una consulta o un taller.

Actualmente se cuestiona la organización de actividades participativas aisladas porque no sólo es necesario que los niños se expresen, sino también que sus formulaciones se tomen verdaderamente en cuenta y tengan un impacto. Para ello se necesita diseñar previamente estrategias de seguimiento que permitan a niños y niñas continuar el proceso y participar con mecanismos de gestión ante los adultos y las autoridades para llevar a la práctica sus ideas.

En el proceso de organización de foros y otras actividades como que hay un momento alto, una especie de cúspide en la que la gente se empieza a entusiasmar porque aparentemente el objetivo se va logrando; todos vamos hacia allá, casi lo alcanzamos, vamos consiguiendo cosas, pero hacemos el evento y ¡zaz!, se nos viene abajo el ánimo; algo pasa ahí que nos desalienta. Y lo que sucede con esto es que los niños no obtienen ninguna retroalimentación de nuestra parte. Les pedimos que opinen y después no nos volvemos a acercar para ver qué hacemos con esas opiniones.

Janet (1998) comenta que la mayoría de las experiencias de participación infantil en Latinoamérica (por lo menos hasta ese año) han sido actos únicos que, si bien han logrado sensibilizar a la sociedad de manera momentánea, se desconoce aún el grado de influencia que realmente pueden tener en la visión colectiva de la participación infantil y juvenil.

Al parecer, los foros en donde el diálogo verbal prevalece tienen un buen impacto en la conciencia social, pero falta analizar y explorar también otras formas de manifestación relacionadas con la capacidad creativa, la imaginación y la expresión plástica, cuyo lenguaje propicia una mayor apertura a fenómenos menos vinculados a la lógica adulta.

La propuesta de los promotores es que, más que en actividades aisladas, se piense en procesos a mediano y largo plazo que involucren a la comunidad en su conjunto. Hart apoya esta idea cuando opina que “las mejores oportunidades para que los niños tengan experiencias democráticas provienen de su participación constante en un grupo. Con atención regular dentro de un mismo grupo, los facilitadores adultos pueden establecer con los niños procesos, roles y reglas que se comprendan claramente. Esto ofrece la mejor oportunidad para que todos los niños desarrollen sus propias orientaciones hacia la participación, de manera que las construyan sobre sus preferencias y deseos” (Hart, 1997: 45).

Los foros a lo mejor están bien para escucharnos, pero en el trabajo concreto con los niños, siento que debe haber un seguimiento, una continuidad; que las reuniones tengan cierta frecuencia, no perder el ritmo, y que en esas sesiones podamos mencionar los logros y los avances que hemos tenido.

Incluso cuando se organiza una actividad única, puede pensarse como un proceso en el que se convoque a toda la comunidad y en el que desde el principio participen niños, jóvenes y otros miembros de la localidad en la planeación, ejecución y seguimiento de los compromisos que surjan de dicha actividad. De esta manera se evitaría visualizarla como el objetivo o meta principal y, en consecuencia, disminuiría el peligro de dejar a los participantes sin opciones de continuidad.

Desde que planeamos, que no estemos pensando solamente en un foro, sino que esa sea una actividad dentro de un programa. Una persona nos decía “no me vengan con actividades, tráiganme programas”; tenía razón. Es muy atractiva la idea de un foro, pero es sólo una actividad, ¿dónde está el programa en el que está incluido?

Podríamos pensar de acuerdo con Toro Arango que, más que planear reuniones aisladas, hay que provocar una movilización de todos los actores a favor de la participación infantil. En ese caso, nos recomienda considerar primero que es necesario crear el futuro a construir, es decir, un imaginario que sea lo suficientemente seductor como para buscar hacerlo realidad. En segundo lugar, las propuestas que se presenten deben tener la posibilidad de ser alcanzadas en la vida cotidiana, desde el ámbito de acción de cada miembro. Un tercer elemento es que los integrantes del grupo sientan que las acciones que se realizan son colectivas y su significado es compartido por todos. Finalmente, es preciso que haya criterios de evaluación que permitan saber si el camino que se está siguiendo es el deseado. “La ausencia de cualquiera de estos cuatro prerrequisitos tiene consecuencias muy diversas: ofrecer sólo lo imaginario es demagógico. Las acciones y decisiones aisladas, sin un imaginario que las guíe, conducen al activismo pasajero o a un movimiento errático. Si no existen indicadores, se produce el desinterés” (1994: 6).

Si yo quiero provocar procesos, si quiero impulsar cambios necesito compartirlo, porque si no, lo que estoy haciendo es un proceso individual, no colectivo.

Partir de las necesidades

En medio de la pobreza, ser niño significaba simplemente deambular por una especie de abandono, de limbo donde nuestras voces –ya expresarían opiniones o bien tímidas protestas– se desvanecían, como nuestros sueños, ante la indiferencia de los adultos.

CRISTINA PACHECO

Si tomamos en cuenta como prioridad el escuchar a los niños, lo primero que tenemos que hacer al iniciar estos procesos es estar atentos a sus necesidades y preocupaciones, de manera que a partir de

ahí surjan los temas y las oportunidades de analizar las situaciones, de expresar su opinión y de buscar acuerdos.

Habría que escuchar qué inquietudes tienen los niños para poder atenderlas. Lo que pasa es que con frecuencia nos casamos con la idea de ofertar, llevar, y no escuchamos. No vemos qué está pasando allá. Y allá se están viviendo situaciones que ni nos imaginamos.

El conocimiento y sensibilidad que el promotor tiene hacia la comunidad también le permite identificar necesidades y oportunidades para sugerir y crear condiciones propicias para la participación de los niños y jóvenes.

Hay que ser oportunos. Dentro de nuestra comunidad, la gente de alguna manera nos reconoce y si nosotros vemos una necesidad real, los convocamos.

Recordemos aquí la idea de Astorga y Pólit de partir del otro, con lo que no necesariamente hacemos a un lado nuestros problemas e ideas como promotores, porque lo que ese otro expresa funciona como un espejo que refleja aspectos de nuestra propia realidad. La capacidad de convocatoria se aprovecha entonces para abrir espacios y proponer caminos, no para imponer nuestra visión del mundo.

Trabajar con un enfoque integral

En diferentes momentos hemos señalado que la transformación necesaria para respetar el derecho de los niños a participar debe darse a todos niveles y en todos los ámbitos sociales. Esto implica que en los programas de fomento a la participación es importante considerar la inclusión de otros actores además de los niños y adolescentes, en un intento por provocar un proceso integral y no fragmentado (niños por un lado, adultos por otro).

En palabras de Linares: “la promoción de la participación es un esfuerzo dirigido hacia un cambio en la cultura, es decir en la manera de hacer y de relacionarnos, por eso, aún si nuestro interés particular son los niños, niñas y jóvenes, es indispensable que pensemos en un enfoque integral que incluya, además del trabajo directo con los niños, la formación de nosotros, los adultos que rodeamos a los niños, así como la transformación de las formas de interacción que se dan en las instituciones: sea la familia, la escuela, la organización social o las instancias del gobierno” (2000: 34).

Cuando hablamos de participación infantil y juvenil, creo que también deberíamos hablar de los espacios de los adultos, porque es fundamental. Creo que toda esta cuestión de la participación se mama, o como dice el dicho, “hijo de tigre... pintito”. Es muy importante, entonces, fomentar la participación de los adultos.

Alegría compartida es doble alegría.

I CHING, EL LIBRO DE LAS MUTACIONES

El reto en este aspecto es distinguir los momentos de intervención de cada grupo de actores y coordinar el diálogo para balancear los poderes asimétricos que se dan entre niños y adultos. Este es tal vez el verdadero aprendizaje de participación colectiva.

Descubrimos que realmente tiene que ser un trabajo bien integrado de niños y niñas con sus padres. E incluso con otras entidades como la escuela, la familia, en suma, con el mundo de la niñez.

A través de su experiencia, Gaitán coincide con este enfoque cuando plantea que, desde la óptica de la defensa de los derechos del niño, el trabajo es integral y no se trata sólo de organizar adultos o sólo niños, sino de poner en relación a todos, sin sustituirse ni condicionarse. “Cada esfera debe tener su propia dinámica, pero todas deben unificarse en cuanto a los objetivos en pro de la niñez” (Gaitán, 1998: 86).

Yo creo que son dos líneas de trabajo paralelas y necesarias. La primera la constituyen los cambios que tenemos que hacer en nosotros los adultos para propiciar un ambiente de participación, y la otra consiste en una serie de habilidades que debemos fomentar en los niños y niñas para que realmente estemos creando participación. Abrir el espacio no garantiza la participación, y el sólo hecho de querer favorecerla no nos hace aptos para promoverla.

Respetar los diferentes ritmos y formas de participar

Hace falta mucho, mucho tiempo para ser joven.

PABLO PICASSO

Dado que la promoción de la participación busca la equidad de oportunidades para todas las voces, en la práctica cotidiana es importante tomar en cuenta las diferencias de estilo y ritmo de cada participante, de manera que podamos apoyar e incluir a todos en el proceso.

El niño que está participando tiene su propio estilo, su propia dinámica, no se debe generalizar y decir “la participación debe ser así”, o condicionarla a que se manejen bien los temas y tener opiniones muy acabadas. Ellos mismos generan los alcances de sus discursos.

Estas diferencias se originan básicamente en la personalidad, la experiencia previa, el ambiente y la motivación de cada uno.

La participación comienza al opinar. La opinión de todos es importante, no sólo la del que es inteligente o la del que sabe o ha leído.

En este sentido, Gaitán recomienda que los promotores deben ser capaces de distinguir las diversas actitudes de los niños respecto a las actividades que se les proponen y sugiere varias formas de trabajar con cada uno de ellos. Menciona que puede haber niños que actúen para quedar bien con el promotor, otros que se sientan superiores al resto y crean que toda la responsabilidad se deposita en ellos, otros más que evitan aceptar su papel y finalmente los desmotivados.¹ Lo importante, comenta, es contar con herramientas que nos permitan “establecer procesos diferenciados de formación integral a partir de las divergencias que provocan el origen, la educación, la personalidad y, de manera general, el medio” (*ibidem*: 89).

Pensando en capacitar tendría yo que ver primero cuáles son los niños más tímidos y aquellos con dificultades para expresarse y, por separado, darles herramientas para que tengan la claridad y la confianza de hacerlo. Si no es así, no estoy dando la oportunidad a todos, estoy abriendo un espacio que unos van a poder aprovechar y otros no.

En este proceso tendremos que desarrollar habilidades para “leer” las diversas formas de expresión de los participantes que, además de la verbal, pueden ser los silencios, la expresión gráfica, las actitudes. La escucha que los adultos proporcionemos es, como se mencionó en otro momento, hacia las opiniones y capacidades, pero también hacia el mutismo y las limitaciones de los niños y jóvenes con quienes trabajamos. “En la medida que tomemos en cuenta sus propuestas, observemos sus reacciones y seamos capaces de sentir y seguir su ritmo, aprenderemos de ellos y los podremos apoyar y acompañar “ (Linares, 2000: 39). Por ejemplo, los participantes que boicotean alguna actividad están participando y expresando algo. ¿Cómo interpretamos esta actitud de manera que podamos transformarla y no únicamente reprimirla?

En la medida en que los niños se apropien del proceso, le encuentren sentido y quieran seguir, los adultos iremos aprendiendo cosas que hasta ahora no sabíamos, porque siempre hemos abordado el tema desde la concepción adulta.

Este aprender a escuchar y a expresarse se da no sólo entre el promotor y los niños, sino entre los mismos participantes, por lo que el respeto a las diferencias individuales es uno de los aspectos que debe estar presente en todo momento.

También tenemos que trabajar mucho en lo que sería la relación entre pares, es decir el derecho de cada uno a expresarse y a no ser maltratados por sus compañeros.

¹ Gaitán (1998) desarrolla de manera detallada las formas de trabajo con cada “tipo” de actitud.

Creo que la imaginación es más fuerte que el conocimiento

Que el mito tiene más poder que la historia

Que los sueños son más poderosos que los hechos

Que la esperanza triunfa siempre sobre la experiencia

ROBERT FULGHUM

Cuando se trabaja con niños y jóvenes en proyectos de participación es común encontrar un enfoque que busca entrenarlos para que sean buenos oradores y puedan desempeñarse exitosamente en ámbitos públicos, para poder negociar sus intereses. Estos esfuerzos son importantes para llevar a la conciencia social el tema de la niñez, pero en ocasiones propician que se impongan modelos de participación adulta en lugar de permitir que puedan encontrar formas más acordes con sus capacidades. Otro enfoque que también se ha explorado es la utilización de las artes y del juego para promover la participación. Coincidimos con lo que plantea Graciela Quinteros acerca de que “cualquier proyecto de intervención con la infancia, que parta del respeto de los niños como sujetos sociales, significa –en primer lugar– abrir un espacio en el que los mundos posibles tengan cabida, en donde la imaginación enfrente cualquier desafío y el sujeto exprese libremente su propio misterio. Porque ésta es la mejor manera de respetar y dar poder a la infancia” (2001: 1).

La aproximación informal a través del juego es una herramienta que permite un mayor acercamiento.

Como mencionamos en el capítulo tres, la metodología que Quintero plantea es integrar desde el inicio de los proyectos de participación un dispositivo que permita a niños y jóvenes el libre juego entre la realidad y el deseo. Algunos promotores desean asegurar la objetividad, utilizando en sus proyectos como primera instancia el análisis de los problemas que los propios niños enfrentan. La autora considera que este podría parecer un punto de partida coherente en los procesos organizativos que buscan planear junto con los niños soluciones posibles a los problemas, sin embargo da varios argumentos para proponer un enfoque alternativo:

- La definición del problema puede implicar una carga fuerte para los niños cuando lo que se problematiza está asociado a experiencias negativas muy complejas y difíciles de modificar por los niños, ya que involucran cambios a niveles sociales de un orden global.
- En los procesos iniciados por los adultos, es muy común que se transmita la visión que éstos tienen del problema, más que permitir a los niños formular y expresar lo que para ellos es prioritario.

- La lógica de algunos proyectos se sustenta en una oposición entre la imaginación y la realidad, por lo que se busca que exista una objetividad que permita reproducir fielmente lo que está pasando a través de formas de expresión verbales y argumentativas. Esto puede “fijar” el sector de la realidad obstaculizando las capacidades inventivas, imaginativas o creativas.

Otra lógica es asumir que toda objetivación conlleva necesariamente una carga reconstructiva, inventiva y creativa que se favorece más con la utilización de formas de expresión de tipo artísticas, visuales, analógicas o narrativas. Considera que es necesario que como adultos podamos generar espacios libres en los que las artes y la creatividad permitan a la niñez y juventud expresar y generar una visión compartida de aquellos aspectos de la realidad que les preocupan o son de interés para ellos.

Una de las premisas que se han expuesto a lo largo de este texto es la necesidad que existe en nuestros tiempos de ampliar la capacidad humana para imaginar futuros posibles, postulando que la niñez y la juventud pueden ser buenos aliados para ello. El enfoque anterior nos parece de gran relevancia para los proyectos de participación, ya que en lugar de preguntar cómo es la realidad se introduce desde el inicio la posibilidad de transformarla mediante la pregunta ¿Cómo te gustaría que fuera? Otro aspecto que hay que destacar es que las imágenes o analogías no pueden considerarse solamente como adornos de la expresión verbal. Estas se encuentran en la base misma de la experiencia ya que conectamos los hechos de la realidad por asociación o contraste y las imágenes son parte constitutiva de la interpretación que hacemos de ella. Una característica de las mismas es que generalmente son portadoras de significados emocionales intensos, por lo que son herramientas invaluable para integrar la experiencia.

Hace falta una mayor exploración y sistematización de proyectos que sigan este enfoque para avanzar en una metodología de trabajo que tome como eje las artes, el juego y la afectividad, de manera que puedan integrarse las capacidades creativas que caracterizan a la niñez y la juventud.

Tomar conciencia de los problemas, riesgos y tentaciones

Como ya lo mencionamos en el capítulo anterior, en los diferentes momentos de un programa los promotores se enfrentan a una serie de riesgos que básicamente guardan relación con el nivel de congruencia entre lo que se quiere fomentar y la manera en que se intenta hacerlo. Es recomendable que la metodología de trabajo considere formas de disminuir estos riesgos, comenzando por dar herramientas a los promotores para que puedan estar constantemente alertas, ir corrigiendo el camino y aprender de la experiencia.

*Lo malo de la gran familia humana,
es que todos quieren ser el padre.*

MAFALDA

Tratemos de entender qué estamos haciendo concretamente con los chicos, es decir si estamos provocando que intercambien, que expresen, que investiguen, que difundan, que propongan, que transformen desde sus necesidades, sus preocupaciones, conocimientos, ideas, actitudes.

La constante revisión de los momentos del proceso nos permitirá evitar, por ejemplo, una tendencia común a pensar y actuar en nombre de los niños y, en ocasiones “poner en sus mentes nuestros pensamientos y en sus bocas nuestras palabras” (Linares, 2000: 40).

Cometemos errores, aún con las mejores intenciones de nuestra parte. Se supone que entendemos bien el tema y lo manejamos correctamente, pero no siempre es así. Una vez elaboramos una carta y la primera propuesta fue, que la lea un niño o una niña, y luego dijimos: oigan no, estamos poniendo en su boca palabras que no vienen de su cabeza.

Los promotores se refieren a este tipo de situaciones como problemas de manipulación y de simulación, en donde los niños dicen lo que los adultos queremos que digan, o bien se expresan imitando nuestras formas, en un intento por satisfacer nuestras expectativas. Esto se relaciona con los tres primeros niveles de la escalera de Hart y los primeros indicadores de Gaitán que describimos en el capítulo dos.

Pensando en los niños y niñas líderes, me preocupa que haya una utilización y manipulación de parte de los adultos, que los lleven a organizaciones del tipo de las de los adultos, con propuestas y acciones que no corresponden a su edad.

Cuando entramos en este juego, parecería que nos satisface la idea de que los niños sean “adulitos”. En palabras de los promotores, este es más un fenómeno de adulteración que de participación, en donde lo que se está haciendo con los niños es “falsificar, quitarle su pureza o autenticidad cambiándole, mezclándole o añadiéndole algo” (Moliner, 1986: 64).

Estaba pensando en la palabra “adulterar” como volver adulto a alguien que todavía no debiera serlo.

En general, los adultos no estamos exentos de estas prácticas en nuestra vida cotidiana, por lo que no siempre es fácil reconocer y evitar estos riesgos.

Esta brecha entre lo que el niño realmente quiere y lo que aparenta para satisfacer las demandas del adulto, es un espejo, porque también los adultos somos un poco así, decimos lo que la autoridad quiere escuchar.

Hablamos de simulación como una intención de ocultar, de que no se note algo que pensamos que no es adecuado: simulas que obedeces, simulas que elaboras tu plan de trabajo, que sales a tiempo, que promueves la participación. Eso va en contra de la transparencia, de la honestidad y eso no ayuda a la participación.

Otra tendencia común entre los promotores y las instituciones es la de llenarse de actividades y tener dificultades para incorporar tanto la reflexión y el análisis de la práctica como la generación y la difusión del conocimiento. Este problema debe tomarse en cuenta en el momento de planear, porque es ahí donde se puede incluir tiempo y presupuesto para reflexionar, analizar y sistematizar.

El mismo activismo no nos permite programar, planear, dar seguimiento, permitir que un equipo se sostenga en la consecución de la tarea. Esto tiene que ver con la profesionalización. Actuamos así porque pareciera que somos voluntarios. Ellos hacen como que me pagan y yo hago como que soy profesional, o igual realizo una tarea que otra, la que se necesite. ¡Espérate! Hay que ir adquiriendo destrezas y hasta entonces decides con cuál tarea te quedas. Lo digo cuestionando esta dinámica nuestra.

Es tan evidente esta necesidad, que cuando te sientas a la mesa y empiezas a pensar junto con otros sobre tu trabajo, regresas renovado, con muchas ideas. Resulta contradictorio, porque sentimos que se necesita mucho, lo valoramos, pero nos damos muy poco tiempo para hacerlo y a menudo carecemos de las herramientas para sistematizar nuestra experiencia.

Esta misma observación se hizo cuando se elaboró un documento que revisaba los avances en nuestro país de la implementación del derecho de los niños a participar: “Otro aprendizaje importante que resulta de las acciones realizadas y del mismo intento de recopilación de información para este artículo, es que hay poco contacto entre las organizaciones que hacen este tipo de trabajo y no hay espacios de intercambio de experiencias entre quienes lo promueven” (Corona, Pérez y Wong, 2000: 9).

Finalmente, una consecuencia del llamado “activismo” es no tener tiempo para evaluar los procesos y saber qué tanto se ha avanzado en el trabajo. A decir de los mismos promotores, el desorden es un problema común que impide profundizar lo suficiente y aprovechar al máximo la experiencia.

También quiero poner sobre la mesa esta manera de trabajar un poco descuidada, con la que generas una acción por aquí y otra por allá y finalmente no concretamos qué sigue. Considero que hay algo que sí nos hace falta: la creación de indicadores novedosos que nos digan si lo que queremos lograr está funcionando o no.

Los problemas expuestos tienen, desde nuestra perspectiva, cierta explicación en los limitados recursos con los que generalmente se trabaja en estos programas, lo que obliga a los promotores a concentrar su energía en las necesidades urgentes, por lo que el tiempo para planear, capacitar, reflexionar y evaluar se considera, en principio, como tiempo perdido.

Paso a paso

A partir de los lineamientos anteriores, en este apartado vamos a abordar brevemente las diferentes etapas o pasos con los que se construye o planea un proyecto de promoción de la participación infantil y juvenil. Si bien, como ya hemos dicho, no hay recetas y cada proyecto es único, podemos dar una guía general que ayude a ordenar las ideas y a trazar un mapa por el que se caminará durante el trabajo.

En principio, los promotores reconocen la importancia de poner atención a momentos o etapas que pocas veces se desarrollan, más allá de la realización de las actividades específicas de promoción a la participación. “Destacamos la importancia de la planeación, el seguimiento, evaluación y sistematización de las experiencias como condición necesaria para la efectividad de nuestras acciones y la socialización de nuestros resultados” (Linares, 2000: 45). De esta manera, la labor tendrá bases más sólidas y nuestros logros mayor alcance.

Planeación

*Cuando barría las calles lo hacía despaciosamente, pero con constancia;
a cada paso una inspiración y a cada inspiración una barrida.
Entonces es divertido, de repente se da uno cuenta de que, paso a paso,
se ha barrido toda la calle.*

MICHAEL ENDE

Existen manuales completos sobre planeación de proyectos y programas que pueden consultarse para profundizar en cada uno de los elementos del plan. Por lo pronto, comentaremos ciertos puntos que nos parecen importantes respecto al fomento de la participación.

Para empezar tomaremos la idea de Astorga y Pólit (1998) para desarrollar un proyecto educativo mediador, en donde proponen dividir el proceso en cinco piezas, a la manera de un rompecabezas:

Piezas iluminadoras. Son aquéllas que ayudan a clarificar el panorama en el que estamos trabajando y el camino que habrá que seguir.

- Realizar un diagnóstico local y social que describa la situación y justifique el cambio que deseamos provocar. Es como dibujar el entorno y señalar lo que nos proponemos modificar. En el momento del diagnóstico, es muy importante considerar la diversidad cultural en la que nos insertamos. Un ejemplo resumido: en la comunidad los jóvenes tienen escasas opciones de desarrollo personal y recreativo.
- Crear una visión de futuro que sea explícita y clara. La visión de lo que deseamos lograr no podrá construirse si no se conoce lo que ya existe. Esto equivaldría al imaginario planteado por Toro (1994). Ejemplo: que los jóvenes tengan la oportunidad de proponer y llevar a cabo sus deseos e intereses personales y grupales en materia de cultura y recreación.

Piezas de acción. Teniendo las definiciones básicas del trabajo, es necesario traducirlas y llevarlas al ámbito de la acción concreta.

- Delinear objetivos, es decir traducir los ideales a la medida de nuestro trabajo, de nuestras posibilidades reales, sin que por eso dejemos de ser audaces e imaginativos. Ejemplo: Crear las condiciones necesarias para que los jóvenes participen en la elaboración de proyectos culturales y recreativos concretos.
- Desarrollar estrategias que indiquen cómo se alcanzarán los objetivos, diseñar los caminos por los que nos acercaremos a los propósitos. Ejemplo: Sondeo informal de las inquietudes y necesidades de la juventud local. Convocatoria continua y diálogo permanente con los distintos grupos de jóvenes. Apoyo constante para el desarrollo y coordinación de sus propios proyectos, etcétera.
- Diseñar un plan de acción que ponga en práctica los sueños, los objetivos y las estrategias. Se trata básicamente de las actividades a realizar, en donde se incluya qué se va hacer, para qué, cómo, con qué recursos, quiénes y cuándo. Ejemplo: Creación de un espacio de juego, convivencia y apoyo académico a jóvenes (financiamiento externo, 2 meses). Visitas a las secundarias para invitar a participar (1 semana), etcétera.

Queremos recordar que todo lo que se propone en este capítulo son guías y como tales pueden ser revisadas en cualquier momento y, en su caso, modificados los planes. Es mucho mejor cambiar el diseño y los parámetros en función del entorno real, que tratar de meter una realidad cambiante dentro de un plan con el que no coincide en extensión, propósitos, dinámica, etcétera. Planear un programa de fomento a la participación nos permite tener un rumbo sobre el cual trabajar. Sin embargo, no perder la

frescura y la espontaneidad en el camino es tanto o más importante.

A nosotros nos ayudó mucho ubicarnos. Te propones una meta, fijas tu objetivo a largo plazo y hasta después viene la planeación de todas las actividades que vas a realizar para llegar. Se trata de tenerlo bien definido.

La pregunta “¿qué quiero hacer?” está necesariamente ligada a la de “¿en dónde estoy?” Es necesario planear visualizando el entorno, de manera que no andemos a tientas, sino con conocimiento de algunos aspectos de la comunidad y el grupo, para que nos sirvan como una base para sostenernos e iniciar el camino. Las actividades tendrían que estar relacionadas con esta visión de conjunto. “En la planeación de las actividades es importante tomar en cuenta el momento de desarrollo de la persona y del grupo, y el contexto en el que se da el proceso. No es lo mismo trabajar con niños rurales que con niños urbanos, o trabajar con un grupo recién integrado o con uno que ya tiene una dinámica previa a nuestra intervención” (Linares, 2000: 35).

En otras palabras, se trata de entender los diversos sentidos que dan los participantes a la realidad, según las diferencias de edad, género, origen cultural, nivel social, etcétera.

No es lo mismo lo que le puedes pedir a un grupo de adultos acerca de la participación, que lo que le puedes pedir a un grupo de adolescentes o a un grupo de preescolares, porque en el camino van construyéndose las herramientas cognitivas, desde enterarse que existe otro ser humano al igual que él, hasta cuestiones de actitudes y valores.

Tomando en cuenta las diferentes realidades en las que trabajamos, cuando organizamos una actividad o programa podemos hacer el trabajo solos o invitar a los niños a participar en cualquiera de las etapas. Lo importante es decidir en qué momento es conveniente involucrarlos, según nuestra experiencia, los objetivos, recursos y enfoque del proyecto. La clave para no caer en incongruencias es hacer consciente el plan y justificar por qué se invita a los niños en tal o cual etapa del proceso. Esta información debe ser compartida con los niños en cuanto se incorporen al proyecto.

PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA PARTICIPACIÓN DEMOCRÁTICA

- Los niños deben entender de qué se trata el proyecto o el proceso, para qué se hace y cuál es su rol en él.
- Las relaciones de poder y las estructuras para la toma de decisiones deben ser transparentes.
- Los niños deberían estar involucrados desde las etapas primeras, lo antes posible, de cualquier iniciativa.
- Todos los niños deben ser tratados con el mismo respeto sin importar su edad, situación, origen étnico, habilidades u otros factores.
- Las reglas fundamentales deben ser establecidas desde el principio con todos los niños.
- La participación debe ser voluntaria y debe permitirse que los niños dejen el proyecto en cualquier momento.
- Los niños tienen derecho a ser respetados por sus puntos de vista y experiencia.

FUENTE: Lansdown, 2001, p. 9.

Se podría pensar que cuando los niños participan en las primeras etapas del programa se pierde el tiempo, porque todo avanza más lentamente. Pero en realidad ésta no es una carrera contra el tiempo y la verdadera ganancia reside en que, con la intervención de los niños, aumenta la calidad, el aprendizaje y la satisfacción en todo el proceso.

Desde el inicio tenemos que involucrar a los miembros de la comunidad, a los padres de familia, a los mismos niños, de tal manera que ellos nos presionen y se presionen a ellos mismos, que haya un impulso que no deje morir el proceso.

Otros aspectos a considerar a la hora de planear el programa son los que recomiendan Astorga y Pólit (1998):

- La consulta permanente a los niños respecto a todos los temas que les competen.
- El diálogo y la búsqueda de consensos con otros miembros de la institución o programas de trabajo.
- La opinión o consideración de la situación de otros sujetos conectados con el niño, como sus familiares, sus amigos o sus maestros.
- La consulta o revisión de propuestas “externas”, de otras instituciones, de otros movimientos, de otros organismos y tendencias.

Por último, los promotores proponen que parte de las actividades planeadas tendrían que sensibilizar a la comunidad y dar visibilidad a la opinión de los niños y jóvenes. Esto quiere decir que

es importante pensar en formas de dar a conocer a los demás lo que los participantes han expresado a lo largo del proceso.

Evaluación y seguimiento

El signo distintivo del hombre de diálogo, es que escucha tan bien como habla, y acaso mejor todavía.

JEAN LACROIX

Se podría pensar que la evaluación es el momento final del proceso, en el que medimos cuáles fueron los logros y los problemas y si lo que hicimos cumplió los objetivos que se propusieron. Sin embargo, consideramos que la evaluación también es parte del diseño inicial de todo el proyecto y debe incluirse cuando se hace la planeación, no sólo en términos de tiempo sino también de presupuesto. No es precisamente una pieza o una etapa concreta, sino una línea constante que atraviesa todo el trabajo. Es un instrumento útil para dar seguimiento al proceso interno del proyecto, pero también para informar al exterior sobre los resultados y tener un mayor impacto social.

Nuestro programa de trabajo debe tener resultados concretos que yo visualizo, no importa si en el camino los vamos modificando y adaptando, pero yo tengo que tener la mirada puesta en algo que va a suceder como resultado de un proceso y no solamente de una actividad.

Es decir, que los resultados que deseamos obtener se definan con flexibilidad, con la idea de que en el camino se irán mejorando e incluso podría modificarse la propia idea de lo que queremos lograr. Existe el gran objetivo común, que es que los niños y jóvenes tengan oportunidades reales de participación, pero la constante pregunta a responder es si los objetivos específicos que vamos alcanzando nos acercan o no al gran propósito.

Es importante que cada uno de nosotros vayamos observándonos en nuestra relación con los niños y con la institución, a fin de identificar indicadores de que las cosas están cambiando. Que, conforme nosotros vamos generando y propiciando procesos de participación, vayamos descubriendo cómo es el camino, qué señales da de avance y que, además, lo compartamos con otros. Porque eso es lo que nos permitirá decir, ya está listo el grupo para el siguiente paso, ya avanzamos un poquito, no estamos en lo mismo.

Básicamente, la evaluación pretende medir cambios. Es decir, nos sirve para saber qué características de los sujetos involucrados (incluyendo a nosotros mismos) se van modificando. Por tanto, también proporciona información sobre las áreas en las que es necesario trabajar más para fomentar las transformaciones que buscamos. ¿Cuáles son las señales que nos indican si en verdad

estamos provocando un cambio? A través de su experiencia, los promotores reconocen la dificultad de identificar estos indicios durante el trabajo debido a que en ocasiones parecen insignificantes o aparentemente no se refieren a los objetivos planteados.

Nos cuesta mucho trabajo identificar los signos de los procesos. A veces puede ser que dimos un paso que para nuestros estándares, o para lo que esperábamos, aparece demasiado pequeño y puede ser que hasta te frustras. Pero resulta que esto chiquito está gestando un proceso dentro de la propia dinámica de la organización, del grupo, del equipo, de la clase. Sucede que no siempre descubrimos esos signos, en términos no nuestros, sino de lo que el propio grupo vive, asimila o considera como válido.

Asimismo, los promotores opinan que la definición de indicadores es una tarea pendiente y que es necesario compartirla entre todos. Para ellos, la revisión y la reflexión sobre la práctica es un mecanismo útil que permite conocer los diversos momentos del proceso e identificar los indicadores para el seguimiento y la evaluación. Esto es, la sistematización de la experiencia es una estrategia para construir conocimientos sobre nuestra labor.

Una forma de evaluar nuestro trabajo es en el grado de organización que vamos logrando en las comunidades. Si estamos hablando de participación, veamos cuántas organizaciones participativas hemos creado o promovido en los lugares donde estamos trabajando.

En otros capítulos hemos proporcionado preguntas e ideas específicas de varios autores que nos ayudan a definir indicadores y que, en general, tienen relación con el lugar que ocupan los niños en el proyecto. Los promotores proponen otros que, de manera general, coinciden con los de los autores revisados:

- El nivel de empoderamiento de los niños y niñas, medido por el nivel de participación en la toma de decisiones.
- La forma en que se asume la responsabilidad sobre las consecuencias de las decisiones tomadas.
- El incremento de la participación en la discusión y la calidad de los argumentos utilizados.
- La consideración e inclusión de puntos de vista distintos.
- El nivel de congruencia de las actividades.

El empoderamiento del otro, la responsabilidad, la coherencia son ya indicadores. ¿Cómo, a partir de la participación, podríamos aprender a manejar el poder? ¿Cómo lo cuestionamos, lo operamos? ¿Cómo en mis actitudes asumo mi responsabilidad, mi compromiso, mi coherencia? Teniendo menos miedo a participar, dando más de mi persona y de lo que sé. Nos corresponde continuar descubriendo las actitudes y características de un grupo en proceso de participación.

Finalmente, establecen que una señal significativa de que el proceso de participación avanza por buen camino es el hecho de que la responsabilidad comienza a ser compartida por todos los involucrados y deja de recaer únicamente en los coordinadores, cuya figura va teniendo menos presencia o, mejor dicho, va adquiriendo una responsabilidad distinta.

En la medida en que se va generando participación ya no es únicamente responsabilidad de quien lo facilita sino del grupo que la empieza a asumir. ¿Cómo ir diferenciando los roles? Otro indicador sería el momento en el que el coordinador se va desdibujando y el grupo va teniendo responsabilidad, poder. Como promotores tenemos que ser auto-críticos, ver qué sucede con los líderes y quién es parte del proceso. Es nuestra responsabilidad dar cuenta de cómo ha evolucionado el proyecto, qué va bien y qué no va bien y por qué: tener una intervención mucho más responsable sobre lo que se está generando.

Lansdown (2001: 11) define una serie de puntos a los que llama “características de la participación efectiva y genuina” y que pueden ser un buen punto de partida para determinar indicadores de evaluación de los proyectos que llevemos a cabo. Los transcribimos a continuación:

El proyecto

- El tema es de importancia real para los niños
- Existe la capacidad para provocar cambios, si es posible a largo plazo o en el ámbito
- institucional
- Hay un vínculo con la experiencia cotidiana de los niños
- Se puede conseguir el tiempo y los recursos adecuados
- Se tienen expectativas reales sobre los niños
- Las metas y objetivos son claros y acordados con los niños
- Se aborda la promoción o protección de los derechos de los niños

Valores

- Hay honestidad de los adultos sobre el proyecto y el proceso
- Existen oportunidades de participación incluyentes y equitativas para todos los grupos de niños interesados
- Se respeta por igual a los niños de todas las edades, habilidades, origen étnico y condición socio-económica
- La información es compartida con los niños para permitirles elegir verdaderamente
- Los puntos de vista de los niños son tomados en cuenta seriamente
- La participación de los niños es voluntaria
- La toma de decisiones es compartida

Metodología

- El propósito es claro
- Los sitios de reunión, el lenguaje y las estructuras son adecuadas para los niños
- Se involucra a los niños desde las etapas más tempranas
- Se ofrece capacitación para ayudar a los niños a adquirir las habilidades que necesitan
- Los métodos para involucrar a los niños son desarrollados en colaboración con ellos mismos
- Se dispone de apoyo de los adultos en caso necesario
- Las estrategias son desarrolladas para lograr que el proyecto sea sustentable

Llevar a cabo las actividades: operación del programa

En un programa de participación hay múltiples actividades, desde las sesiones de trabajo con los niños hasta la gestión de los recursos necesarios para ello, pasando por la difusión y la elaboración de materiales. Por razones de espacio, aquí comentaremos únicamente las actividades relacionadas con el trabajo directo con los participantes, niños, jóvenes o adultos.

Si bien hemos dividido el tema por edades, es importante señalar que los programas de participación más exitosos son aquellos que en sus actividades consideran e involucran de diversas formas a personas de más de un rango de edad. Por ejemplo, es posible llevar a cabo una serie de sesiones con un grupo de niños, durante las cuales un grupo de jóvenes se capacitará trabajando al lado de los promotores. Además, se puede invitar a los padres de familia a participar en ciertos momentos del proceso e involucrar en él algunas autoridades, dándoles a conocer los avances y solicitándoles que dialoguen con todos los involucrados en algún punto del camino. Este sería un programa amplio, no por el número de personas que atiende, sino porque abarca diversos niveles. El

contexto en el que trabajamos, los recursos disponibles y la imaginación, nos llevarán a idear otras formas de lograrlo.

Trabajando con niños

Cuando se está en edad de imaginar, no se sabría decir cómo y por qué se imagina. Cuando se sabe decir cómo se imagina, ya no se imagina. Por lo tanto, habría que desmadurizarse.

GASTÓN BACHELARD

Un primer elemento a considerar cuando iniciamos las actividades planeadas es el ambiente que se crea en el grupo. Un ambiente de confianza, de respeto a la persona, de aceptación de las diferencias y de diálogo abierto es mucho más propicio para que los niños encuentren oportunidades de participar, que si nos centramos

únicamente en la tarea programada y pasamos por encima de las necesidades de los participantes.

Estamos tratando de incluir en nuestro trabajo cotidiano flexibilidad, diálogo, capacidad de escucha, respeto por el otro, tolerancia y muchos otros valores que nos van a facilitar la comunicación con niños, niñas y jóvenes.

Establecer un clima de confianza nos permite conocer mejor sus necesidades y proponer nuestras ideas.

La confianza se establece, en primer lugar, proporcionando información. En la medida en que los participantes tengan conocimiento de lo que se va a hacer, para qué, cuándo y qué opciones tienen de participar, habrá más posibilidades de un intercambio más libre. Uno de los peores vicios en las escuelas, por ejemplo, es la constante demostración de poder que hacen los maestros cuando dan indicaciones a los alumnos sin explicarles para qué. De esa manera, lo que se obtiene son niños de estrecha visión, que deben obedecer sin ver el camino. Caminar a ciegas siempre da desconfianza.

Es importantísimo que nuestra propuesta propicie un clima de confianza, de respeto, que se den las condiciones que permitan que el niño se exprese libremente y no fomentar esa cultura del miedo a quebrantar una regla quizá no explícita.

Un esquema rígido, en donde las reglas sean inamovibles y no contemplen las necesidades del grupo y su proceso, es poco favorable para la participación. En la práctica, las actividades tendrían que permitir romper con las condiciones inflexibles que puedan obstaculizar la comunicación. Incluir el juego es una buena manera de lograrlo.

Ya mencionamos cómo el juego constituye la herramienta esencial de los niños para acercarse y comprender el mundo que les rodea. La disposición de los niños a jugar es una puerta de entrada ideal para invitarlos a participar en otras actividades. Ahora bien, pensando en que lo que estamos promoviendo es un proceso de diálogo, las formas que pueden adoptar las diversas voces pueden ser muy variadas. En este sentido, dar a los niños la oportunidad de expresarse también a través de diversas manifestaciones artísticas, abre caminos a explorar y enriquece el proceso individual y colectivo.

Así, el juego y el arte son dos vías por las que se manifiesta la afectividad de los niños y, por lo tanto, maneras idóneas para percibir cómo se sienten. Si existe cierta sensibilidad se descubrirá que uno de los sentimientos más frecuentes en niños y adolescentes es la soledad respecto a con quién compartir sus inquietudes, miedos y logros. Es difícil que los niños expresen esto de manera verbal, pero el juego y el arte abren la posibilidad de dialogar en otros lenguajes y crear un ambiente propicio para que haya mayor libertad.

Hay otro tipo de actividades que sin ser específicamente de expresión tienden a desarrollar en los niños una actitud abierta y creativa ante los problemas. Se trata de actividades relacionadas con la ciencia y la tecnología que, vistas como la posibilidad de explorar los caminos del pensamiento lógico, la resolución de problemas y el desarrollo de la inventiva, pueden ser muy atractivas para los participantes y fomentar su expresión.

Para invitar a los niños y jóvenes a participar necesitamos un punto de arranque que entusiasme, un vehículo, una convocatoria. Es difícil convocar sólo a participar, sin algo que dé contexto al diálogo. El juego, el arte, la ciencia y otros ámbitos del quehacer humano constituyen esos vehículos a los que nos subimos para recorrer el camino de la participación. No importa cuál sea nuestra elección entre la infinidad de actividades que se pueden llevar a cabo con los niños, siempre y cuando resulten interesantes, divertidas y que representen un reto importante para los participantes, niños, jóvenes o adultos.

Hay que diseñar actividades que sean atractivas y placenteras por sí mismas, que ofrezcan satisfacción inmediata: talleres interesantes, espectáculos, juegos, en fin...

A participar se aprende participando y, como en la vida real, se realiza de una gran cantidad de maneras, aspectos y temas. Puede ser en un taller de creación literaria o en un proyecto para mejorar el barrio. Diseñar un programa para fomentar la participación de los niños y adolescentes puede partir desde cualquier punto y proponer actividades lúdicas, artísticas, deportivas, científicas, culturales, así como asambleas, formación de comités, etcétera. Entre más amplio sea el abanico de actividades, más combinaciones se podrán hacer y seremos capaces de echar mano de diferentes acercamientos e ideas.

En este punto no hay que olvidar que partir de las experiencias cotidianas de los participantes garantiza, en principio, que las actividades sean significativas para ellos. Es decir, en la medida en que los niños reconozcan aspectos de su vida en el tema que se aborda, será mucho más fácil que lo aprehendan, que lo hagan suyo.

Tratamos de que los talleres que hacemos sean lo más interactivos posible, partiendo de los conocimientos cotidianos y comunes de los niños, de los jóvenes y de los adolescentes.

Si recordamos las múltiples formas de participación que abordamos en el capítulo dos podremos deducir que, finalmente, toda actividad que implique diálogo, cooperación, trabajo en equipo, exploración colectiva, creación de ideas, es una actividad que fomentará la participación.

Sin embargo, el elemento que debe conservarse siempre es la posibilidad de que los participantes pueden marcar caminos distintos a los que nos habíamos imaginado. Como promotores, no podemos comprometernos sólo con una idea de lo que es la participación o con nuestro plan sobre cómo debe fomentarse. El compromiso que adquirimos es principalmente con cada uno de esos niños, adolescentes y adultos que participan con nosotros.

No se trata, por supuesto, de improvisar y dejar el proyecto a la deriva. Para contar con guías más seguras, corresponde explorar lo que el grupo espera de las actividades y dar información muy precisa respecto a lo que pensamos que se podrá llevar a cabo y lo que no, según los objetivos que nos hayamos planteado. Por ejemplo, en una discusión sobre los problemas de la colonia, los participantes podrían tener la expectativa de que saldrán de la sesión con la solución. Nuestro papel es ver con ellos los alcances reales de la actividad y dar alternativas de continuidad. Es decir “buscar el diálogo recogiendo el saber del grupo y ofreciendo nuestro aporte” (Linares, 2000: 35).

Finalmente, es importante establecer relaciones entre las diversas actividades, así como una continuidad en el programa, de manera que se trabaje en un proceso y no en el desarrollo de actividades aisladas. Es útil llevar un registro de las actividades e inquietudes que surjan a partir de las primeras, para que se puedan ir tendiendo puentes entre ambos aspectos. Una manera de dar continuidad a las actividades es que cada participante se “lleve una sugerencia concreta, una tarea a realizar, una duda a investigar” (Linares, 2000: 35). Esto permitirá también ir construyendo entre todos los pasos a seguir.

Como lo hemos venido repitiendo a lo largo de este trabajo, la participación es un proceso, por lo que no podemos centrarnos en la búsqueda de resultados inmediatos, sino en el crecimiento del grupo y de sus integrantes. No importa si el dibujo que haga el niño es bonito o feo, sino lo que quiere decir con él, no importa si el experimento salió mal o bien, sino qué aprendimos de la experiencia y qué decisiones tomamos para modificar los resultados.

Por la mañana, despertó sintiendo que si hasta ayer había sido un muchacho, hoy era un hombre. Estaba dispuesto a todo. Pero cuando llegó el momento se quedó con la boca abierta.

URSULA K. LE GUIN

En general, los aspectos que hemos planteado en el desarrollo de actividades con los niños serían válidos también para los jóvenes. La promoción de la participación entre los adolescentes sigue siendo un proceso educativo, sin embargo existen características propias de la adolescencia que nos exigen estar atentos a sus dinámicas y necesidades propias. Esto requiere, del promotor y del programa de trabajo, una gran capacidad de adaptación a las diferentes circunstancias que se van dando sobre la marcha.

En primer lugar, los promotores identifican la dificultad para convocar a los jóvenes en torno a actividades de participación.

Pero en cuanto al tema de jóvenes, eso me parece más difícil, porque si tú convocas a los jóvenes únicamente por el hecho de serlo, corres el riesgo de fallar, pues se es joven sólo por algún tiempo. Al invitarlos, más bien debes tener en cuenta otras razones, por ejemplo el tema de género u otros que les interesen y que son más permanentes, pero no sólo por el hecho de ser joven.

Esta idea implica que también entre los jóvenes se necesita un vehículo para promover la participación. En este punto puede ser muy útil la información que nos proporcionan los investigadores respecto a los grandes temas que abordan los actuales movimientos juveniles, como los derechos sexuales y reproductivos, las adicciones, los derechos indígenas, el rock, la expresión plástica, la protección del medio ambiente, etcétera.²

Así como nos parecen casi obvias las diferencias de percepción de la realidad entre niños y adultos, no siempre estamos conscientes de la distancia entre los ritmos y las visiones del mundo que existe entre jóvenes y adultos. Tendemos a pensar que los jóvenes deberían ya pensar como adultos, debido a su manejo del lenguaje, su capacidad lógica y su necesidad de independencia, entre otras cosas. Las actividades que se propongan a los jóvenes tendrían que considerar estas diferencias y no quedarse con formas rígidas de cómo aprovechar el tiempo disponible.

Algo muy interesante que observamos cuando trabajamos con un grupo de jóvenes fue la diferencia en tiempo y velocidad; además de que los jóvenes son mucho más rápidos, su percepción es más incluyente. Nosotros, en cambio tenemos necesidad de enfocarnos en algo y darnos más tiempo.

² Estos temas se abordan de manera más amplia en el Capítulo dos.

Un programa de trabajo flexible incluye también el saber adaptar el discurso a la manera del grupo y a sus condiciones. Para ello es importante ir aprendiendo los códigos de los jóvenes, de tal forma que podamos establecer un diálogo con mayores posibilidades de entendimiento, sin juzgar los modismos o estilos que ellos adoptan.

Además de estos códigos comunes, los jóvenes han aprendido y hecho suyos discursos que les sirven para explicar diversos fenómenos sociales y culturales, a través de su experiencia en la escuela y su participación en otros grupos. Una pregunta que hay que hacerse durante todas las actividades es ¿desde dónde están hablando los jóvenes? ¿Desde el discurso aprendido o desde sus ideas propias? Esto no siempre es fácil de distinguir, pero en la medida en que se propicie la libre expresión habrá cada vez más posibilidades de que surjan manifestaciones propias.

Nuestra experiencia ha sido que, sin importar el tema que se esté trabajando con el grupo, en algún momento del proceso es fundamental tocar lo íntimo, lo individual, los “a mí me pasa...”, “yo siento...” o “no me gusta...” porque es desde ahí de donde surgen las ideas más profundas y auténticas, en el sentido de ser más coherentes con la experiencia real del joven y menos moldeadas por discursos externos. Es lo personal lo que en principio nos mueve a reflexionar, a compartir y a proponer. Serna expresa esta misma idea parafraseando a González Casanova: “En el contexto de la globalización, es necesario encontrar los puentes entre lo universal y lo particular, tal y como señala González Casanova para volver a soñar un proyecto de futuro, una utopía que tendrán que ser los más jóvenes quienes imaginen, como históricamente ha sucedido” (1998: 57).

El camino a recorrer puede comenzar por lo personal e ir apuntando hacia fronteras más amplias como lo grupal, lo comunitario, lo nacional, etcétera. O bien, caminar en sentido contrario, de lo global a lo individual, o entretejer ambos aspectos. Lo substancial es encontrar la oportunidad propicia para que los jóvenes hablen de sí mismos, de su experiencia en diversos ámbitos, de sus deseos y miedos. Esos son los momentos en los que los grupos empiezan a sentir confianza, abrirse y a describir problemas concretos, en donde dejan de aparecer conceptos preestablecidos de la jerga intelectual (el modelo neoliberal, la globalización, el proyecto nacional, etcétera).

Esos momentos funcionan también como disparadores para que los participantes puedan empezar a idear soluciones y caminos claros de acción para transformar los problemas. En este sentido, las posibilidades que proporcionan las actividades artísticas son muy valiosas porque permiten explorar formas de expresar lo individual y lo colectivo. Este sumergirse en la experiencia personal incluye también al coordinador, quien puede apelar a su propia intimidad para provocar la generación de ideas entre los participantes.

A través de diversos foros en donde los jóvenes han expresado sus ideas y preocupaciones, hemos descubierto algunos pensamientos comunes que pudieran ser considerados como guía para el desarrollo de actividades de participación juvenil. Probablemente otros promotores han encontrado más pensamientos coincidentes que, mediante un trabajo sistemático, podrían ir conformando un

boceto de las ideas que los jóvenes manifiestan en la actualidad, sin que ello pretenda necesariamente etiquetar ni unificar a la juventud. A continuación presentamos las ideas comunes que hemos distinguido:

- Los jóvenes manifiestan mucha soledad por no tener con quién discutir sus problemas en un ambiente de confianza. Dicen que los padres y maestros no son confiables, pues en general regañan y reprimen, y que los amigos pueden ser en ocasiones malos consejeros. Demandan espacios para hablar sobre sus problemas.
- Sienten una gran carencia de información sobre los temas que les preocupan como las adicciones, la sexualidad, la violencia dentro y fuera de la familia, etcétera. Por lo general los adultos no tienen disposición ni están preparados para brindar información adecuada que guíe a los jóvenes a la toma de decisiones.
- Piensan que no se les reconoce su capacidad de buscar y generar conocimientos, pues no se les proporcionan las herramientas para hacerlo. La formación que se les brinda en la familia y en la escuela no los capacita para satisfacer sus necesidades en este sentido.
- Consideran que es necesario crear ambientes de aprendizaje en donde haya reglas y disciplina, pero que permitan la libre expresión y la innovación. Esta idea expresa con gran claridad la necesidad de libertad de los jóvenes, pero también de contar con guías que estructuren su desarrollo. Significa la posibilidad de ser acompañados en su crecimiento.

A pesar de que los adultos no se esfuerzan por darles información, es sorprendente que los jóvenes sepan tanto acerca de los temas que les preocupan; su sensibilidad se manifiesta a la menor provocación y su capacidad creativa aprovecha cualquier medio para surgir. Pero tal vez la mayor sorpresa sea que, como sociedad, no tengamos la capacidad de entender que lo que quieren es nuestro apoyo y acompañamiento, no nuestra vigilancia.

Los espacios de información, diálogo y reflexión común son formas de contrarrestar la sensación de abandono que expresan los jóvenes, pero también es posible promover alternativas de desarrollo personal y grupal, como la adquisición de responsabilidades y tareas acordes con sus capacidades e intereses, así como el intercambio de bienes y servicios entre los mismos participantes. Con este tipo de actividades se promueve también la toma de decisiones y el compartir saberes entre ellos.

A lo largo de su desarrollo, los adolescentes se enfrentan a un mundo organizado y codificado por los adultos, y se agrupan según sus propios códigos y estilos. Están estructurando su mundo interno, su subjetividad. "Pensarse y organizar ese mundo interno, con percepciones y sentidos que los coloquen como sujetos de derecho, depende de la posibilidad que tengan de intervenir en el diseño de las pautas y normas del mundo en que viven y les tocará ser adultos. Éste es en síntesis el sentido de la

participación; más que un conjuro contra los males de nuestro tiempo, es una apuesta a la construcción de una subjetividad independiente, parte activa de la sociedad” (Konterllnik, 1998: 34).

Trabajando con adultos

*Los derechos humanos
tendrían que empezar por casa.*

ANDRÉS DOMÍNGUEZ

Los adultos que rodean al niño pueden constituirse en aliados para el fomento a la participación o pueden, consciente o inconscientemente, obstaculizar los procesos que tratamos de provocar. El diálogo que iniciemos con ellos tendría, en principio, que establecerse con el mismo espíritu con el que entablamos la relación de participación con los niños. La intención es incluirlos para que experimenten también formas alternativas de dialogar con ellos.

Yo por eso quiero integrar a los adultos, porque cuando los sabemos integrar, entienden que estamos haciendo nuestra labor de una manera noble, que no nada más buscamos protagonismo. Cuando los adultos se sienten incluidos, participan, se sienten contentos y hasta se motivan ellos mismos.

Así, podemos considerar que todas las ideas planteadas en los apartados anteriores son aplicables también para el trabajo con los adultos, en quienes sigue existiendo el deseo de jugar, explorar y crear, pero tal vez con mayor temor a expresar dudas, inquietudes y propuestas.

El mismo señalamiento sería válido para los adultos, se puede participar de varias formas y deberíamos ampliar nuestras maneras de expresar lo que queremos compartir.

Lo que muchas veces sucede es que en nuestro acercamiento a los adultos no consideramos las formas adecuadas de motivación y aprendizaje, creemos que deberían tener claro lo importante de nuestro trabajo y que entenderán lo que pretendemos y los conceptos que manejamos sólo con explicárselos de manera racional.

A lo mejor nuestras expectativas con los adultos son que solamente deberían responder a nuestra invitación, pero que no tenemos por qué escuchar tanto sus inquietudes, como lo hacemos con los niños. Mi percepción es que posiblemente descuidamos un poco los “cómo” y pensamos que la sola convocatoria va a ser suficiente.

El reto, la creación, la libertad y el juego son también intereses de los adultos, aún cuando en la vida cotidiana se sometan a procedimientos más rígidos y rutinarios. En una encuesta que explora los motivos personales que los altos ejecutivos de empresas tienen para trabajar, se partió de la premisa de

que los elementos más significativos de la motivación son “la aceptación de los demás, los placeres, la necesidad lúdica, el miedo y el saber” (Morfin, 1993: 13).³ El análisis de los datos dio como resultado que, de entre todos estos aspectos, los elementos lúdicos son los principales motivadores para el trabajo de este grupo de personas, por encima del resto: disfrutan crear nuevas estrategias, establecer programas especiales y novedosos, reorganizar su empresa. Esto es, participar en situaciones extraordinarias que no están vinculadas necesariamente con la rutina. ¿Cómo podrían estas ideas servirnos para involucrar a los adultos en nuestros programas de participación?

Podemos trabajar con los adultos de otras maneras, retomando su espíritu lúdico y explorador, que lo tienen. No ponerlos a jugar rondas infantiles, pero sí diseñar actividades retadoras, que sean atractivas para ese grupo.

Por otra parte, una necesidad clara entre los adultos es la de poder aplicar lo aprendido de manera práctica en su vida, ya sea en el ámbito laboral, en su relación con los hijos o en su búsqueda de bienestar general. Es decir, que hay que procurar que le encuentren un sentido a las actividades que se les propongan, que les sean significativas. En este punto, la necesidad de ser escuchados y la posibilidad de explorar lo íntimo aparecen también como elementos fundamentales.

Tendiendo puentes

Hemos hablado ya de los principales momentos de un proyecto de fomento a la participación: planeación, operación y evaluación. Sin embargo, existe un aspecto más que no hay que dejar de lado y es la relación que guarda nuestro programa con otros grupos e instituciones externas.

Financiamiento

El dinero es una herramienta necesaria para alcanzar una visión. Su acumulación no es la meta, ni algo malo. Así como el carpintero cuida y maneja adecuadamente sus herramientas, el grupo necesita cuidar y disponer del dinero que obtiene.

CHOGYAM TRUNGPA

Un contacto muy importante que establecemos al desarrollar programas de participación se da con las instituciones que nos proporcionan el financiamiento como fundaciones, instancias gubernamentales, institutos de investigación o empresas privadas. En este aspecto, los promotores manifiestan la dificultad que tienen “por un lado en la incorporación de los criterios y exigencias de las agencias de financiamiento, en términos de cobertura, impacto a corto plazo, cuando estamos hablando de

³ El autor advierte que es necesario considerar que los altos ejecutivos tienen satisfechas sus necesidades básicas y su seguridad debido al sueldo que reciben, por eso elimina el trabajo en sí mismo y su adecuada retribución como motivaciones principales.

procesos de mediano y largo plazo, y por otro, la dificultad de establecer nuestros propios criterios y tiempos” (Linares, 2000: 48).

Me parece que hemos entrado en una dinámica con las agencias en la que el impacto es importante, medido éste en términos de cobertura, y que sí hay que cuidar esa parte porque finalmente tienes que responder en un informe con cifras. Al mismo tiempo, no perder de vista que estamos trabajando procesos y que para nosotros éstos son lo más importante. Pero, ¿cómo se miden esos procesos de empoderamiento de la comunidad?

Hart (1997) recomienda que cuando se tiene el apoyo de una agencia financiadora o un patrocinador es necesario trabajar con ellos de manera que entiendan que más que una evaluación en términos de resultados cuantificables, debe buscarse un constante monitoreo del proceso. En el informe se deben incluir datos cualitativos como comentarios de los niños, ya que es la única manera de evaluar el proceso. Aún cuando no se requiera entregar reportes de evaluación, es importante que el grupo tenga una visión crítica de sí mismo, de su evolución, registrando las actividades y haciéndose constantes preguntas sobre cómo mejorar las formas de trabajar. Esto permitirá a los niños desarrollar un sentido de autocritica y entender la importancia del seguimiento de los procesos.

No necesariamente es lo mismo que lo que la agencia requiere, pero también nosotros necesitamos saber si estamos siendo efectivos, si no ¿para qué tanto trabajo? Por ende, desde nuestros parámetros y expectativas, sí necesitamos crear indicadores y conocer nuestros procesos para enterarnos si está habiendo cambios en la comunidad. Y esto no es cuestión de que sean veintiocho o treinta los beneficiarios, sino de empoderamiento.

No se trata de excluir lo cuantitativo, ni tampoco de dar sólo datos cualitativos que después no sabemos ni cómo acomodar. Es una combinación de ambos, que debemos sistematizar para socializar ese conocimiento.

Si bien los criterios de las agencias pueden no coincidir con los que establecemos en nuestro programa, también es necesario ser autocríticos sobre el esfuerzo que hacemos para sistematizar nuestro trabajo, y no seguir la inercia de lo que hemos llamado activismo.

Creo que se pueden retomar muchos de los indicadores que tienen las agencias. También debemos reconocer que tenemos un pensamiento muy activista, pues iniciamos una cosa aquí, otra por allá, afirmamos que estamos generando un proceso pero no hemos puesto nada por escrito. ¿Qué señales hay de que ese proceso marcha, qué hizo que yo lograra que hubiera ese avance y cómo se lo comunico a otros? Sería muy útil generar entre nosotros la cultura de que sí hay que ver en nuestros propios términos el efecto de lo que estamos haciendo, en lo que nosotros consideramos importante: en los procesos, en la participación de la comunidad, en el empoderamiento de los grupos sociales, en darle la voz a los que no la han tenido; en nuestros temas, en nuestras formas. Es muy importante saber si la estamos haciendo o no.

Investigación e impacto social

No se trata, en efecto de contemplar, sino de vivir la existencia en toda su calidad inmediata.

GASTON BACHELARD

La necesidad reconocida de sistematizar la experiencia responde no sólo a una manera de saber qué tan cerca o lejos se está del plan inicial, sino a la perspectiva de ser capaces de generar conocimientos ordenados sobre el tema y visualizar formas de aumentar el impacto de las acciones emprendidas.

Para el desarrollo de acciones educativas y participativas, el problema que yo veo que no hemos superado es el de carecer de herramientas de investigación y de conocimientos para realizarla, porque eso también te da elementos para la evaluación y el seguimiento. Hemos tenido algunos intentos fallidos de hacer grupos de investigación; no hemos logrado consolidarlos. Creo que tenemos que fortalecerlos para también fortalecernos en la práctica.

En virtud de que se encuentra en etapas iniciales la discusión y práctica actual sobre el tipo de participación que niñas y niños pueden tener, es importante la formación de redes que permitan el intercambio de las experiencias y conceptualizaciones que se van construyendo. El análisis y la reflexión compartida de nuestro trabajo nos permite proyectar la experiencia hacia ámbitos más amplios, así como observar nuestras ideas desde nuevos puntos de vista.

El intercambio y las redes pueden establecerse coordinando esfuerzos con las instituciones de investigación, las universidades, las organizaciones civiles y las dependencias gubernamentales, de manera que se realicen actividades conjuntas y todas las instancias resulten beneficiadas y enriquecidas.

También es cuestión de crear puentes entre gente de campo y académicos. Imaginemos, por ejemplo, un grupo de estudiantes de licenciatura apoyando una experiencia en campo, que se incorporen en el equipo. Pero esto toma tiempo, porque requiere de la elaboración de un proyecto integral donde los estudiantes se beneficien con la experiencia y no tenerlos solamente haciendo la talacha, ni menos dejarles abandonado el grupo sin ningún seguimiento.

Por supuesto que esto no depende únicamente de la voluntad de los promotores, sino de la disposición de las instituciones. Sin embargo, es importante desarrollar la habilidad para encontrar enlaces en donde aparentemente no los hay.

Depende también de la concepción que se tenga en la universidad, del programa de estudios y de lo que se valida como conocimiento y como ciencia. Se necesita tener una visión muy clara de que se requieren conocimientos multidisciplinarios y de que el saber de la universidad no debe quedarse en el nivel de élite; que llevemos estas experiencias a los estudiantes y que no sientan que lo que están aprendiendo se queda en el aire.

En palabras de Baratta, la relación entre el saber institucional y la investigación científica es de enriquecimiento mutuo ya que “la libre investigación científica, puede en efecto, integrar y orientar la producción del saber institucional” (1999: 28). Nosotras agregamos que el saber grupal e institucional puede y debe alimentar a la investigación. Por eso, los espacios de intercambio entre investigadores y promotores son generalmente bienvenidos, aún cuando sean escasas las oportunidades de realizarlos.

El reunirte en estos espacios fortalece el trabajo que estás realizando en la comunidad.

A mí me parece que cuando se planean las actividades, habría que incluir en el programa estos espacios como obligatorios. Es decir, si no hacemos un alto para reflexionar, no vamos a ver con claridad qué estamos haciendo. Es en beneficio del propio proceso y de nosotros mismos, no en detrimento. Escucharnos, hablar de lo que nos sucede y de lo que aún ignoramos.

La planeación y el diseño metodológico del seguimiento a las propuestas de promoción de la participación, son puntos que pueden beneficiarse con el conocimiento generado por la investigación académica y por el intercambio de experiencias. Hasta ahora, los programas de participación han logrado que los niños informen “a los adultos de los problemas que ven y las propuestas que tienen para resolverlos. También hemos avanzado en que los adultos escuchen y valoren su voz, pero nos falta encontrar formas de alianza y promoción que les permitan afinar las propuestas, aterrizarlas y darles seguimiento” (Corona, Pérez y Wong, 2000: 9).

Esto último tiene relación con el impacto social que logramos con nuestros programas, es decir qué tan amplio es el círculo social en el que estamos influyendo o al que invitamos a participar. Dicho en otras palabras, cuál es nuestra capacidad para ampliar nuestras propuestas para que no sólo beneficien directamente a un grupo de personas, sino que tengan repercusión en las políticas sociales y los programas regionales y nacionales.

Hay que sistematizar las experiencias para que de ahí surjan las propuestas y así poder influenciar en la toma de decisiones y en las políticas.

Si, como dijimos al principio de este libro, pretendemos escuchar las voces infantiles y juveniles e incluirlas en el debate para la toma de decisiones en los temas que nos interesan como sociedad, tendríamos que abrir espacios de diálogo más amplios que involucren a sectores cada vez más numerosos de la población. Tener injerencia en el diseño de las políticas públicas es una de las maneras de lograrlo y como promotores tenemos la posibilidad de abrir ese camino ya que “las actividades de sujetos privados pueden cumplir o contribuir a cumplir funciones públicas. La participación de la sociedad civil en las políticas sociales es un momento esencial en el desarrollo de la democracia participativa y puede jugar un papel trascendente en las políticas de protección de los derechos de la infancia” (Baratta, 1999: 2).